



LUIS G. DE CANDAMO

Luis G. de Candamo es el ateneísta más antiguo y la memoria viva de aquel Ateneo de los años 30 y los difíciles años que vinieron después. Empezó a visitar la casa siendo un niño de la mano de su padre, Bernardo G. de Candamo, eminente intelectual y crítico literario que desempeñó el cargo de socio bibliotecario de la Junta de Gobierno (1934-1939) y fue el responsable de sacar adelante un Ateneo abierto y activo durante la Guerra Civil. Por el universo de este adolescente van pasando Miguel de Unamuno, Ramón del Valle-Inclán, Eugenio d'Ors, el conserje masón, la biblioteca y hasta el gato del Ateneo. Después los tremendos años de la guerra, las clases en la *docta casa*, la ocupación de los falangistas, la posguerra. Todo bulle en la cabeza de D. Luis, tan eminente intelectual como su padre. Escritor, periodista y crítico de arte, pero sobre todo un hombre lúcido que aprovecha todo de la vida para contárnoslo después, con un amor y un humor que contagian. Este texto es la transcripción literal de una entrevista que el Archivo del Ateneo de Madrid le realizó en septiembre de 2009, en la que se ha querido conservar el testimonio del lenguaje coloquial. Servirá para compartir su memoria.

EL UNIVERSO DEL ATENEÍSTA MÁS ANTIGUO

Luis G. de Candamo

-Usted es el ateneísta más antiguo, D. Luis G. (González) de Candamo, hijo de Bernardo G. de Candamo, que fue ilustre bibliotecario de la Junta de Gobierno durante 1934-1939

Me encanta que reconozcan que soy el ateneísta más antiguo, porque tengo 87 años y desde los 12 voy al Ateneo, aunque no pagué hasta los 22, pero bueno, desde los 12 soy ateneísta. González de Candamo, que es un viejísimo apellido asturiano, muy noble, de gran estirpe, porque hemos tenido dos Maestros de la Orden de Calatrava. Y entonces, pues claro, la personalidad importante era mi padre, que fue uno de los que iniciaron



el movimiento del 98, trajo a Madrid a Juan Ramón Jiménez por ejemplo, cuando Azorín era su íntimo amigo de aquella época. Todos estos recuerdos han quedado reflejados en estos libros que han salido ahora, por ejemplo el libro de la amistad de Unamuno y Candamo que escribió Jesús Blázquez¹ y que hemos presentado en el Ateneo. Por esa razón yo he sido un chico muy formado en el movimiento de la Institución Libre de Enseñanza, he ido desde pequeño al Instituto Escuela, y aparte de eso, a casa, a la calle de Claudio Coello esquina a D. Ramón de la Cruz que es donde vivíamos, a casa venían todos los intelectuales del 98, especialmente hay que resaltar la amistad de Unamuno y mi padre.

El Unamuno de la mesa camilla y el Ateneo

Cuando Unamuno venía a Madrid, como era hombre de controversias, que se peleaba con mucha gente, lo digo coloquialmente, pues hubo una época..., yo centro esta conversación en el Ateneo ¿eh?, entonces Unamuno tenía la curiosidad de saber qué pasaba en el Ateneo, qué decían de él en el Ateneo, ya que él no quería ir porque se había peleado con una serie de gente. Entonces venía de Salamanca y se iba a nuestra casa, a preguntar a mi padre qué había dicho fulanito..., en fin, los personajes, que entonces, claro, todo el mundo intelectual se reunía en las tertulias de la Cacharrería del Ateneo. Y esto coincidía con que yo, que estudiaba en el Instituto Escuela..., el Instituto Escuela estaba contiguo a la Residencia de Estudiantes, y Unamuno, hombre de poco dinero, tampoco excesivamente loco en el gasto, era muy minucioso, entre otras cosas porque tenía poco dinero y tenía muchos hijos, total que consiguió vivir gratis en la Residencia de Estudiantes. Primero había vivido en el precedente de la Residencia de Estudiantes, que fue la Residencia de Señoritas que todavía existe, fundada por María de Maeztu, María de Maeztu era para él casi como una hija. Y entonces, cuando se abrió la Residencia de Estudiantes de la llamada Colina de los Chopos, pues siempre le reservaban una habitación cuando venía a Madrid, y vivía ahí. Como yo estudiaba en el Instituto Escuela, me encontraba con Unamuno a la hora de la salida por la tarde, y me decía «¿dónde vas?», yo le decía «a casa», y él decía «pues yo también». Y entonces cogíamos un tranvía, yo a la sazón tenía diez años u once, un tranvía llamado el 3, que nos dejaba en la esquina de Serrano con Don Ramón de la Cruz y ya estábamos en casa.

¹ Blázquez González, Jesús Alfonso: *Miguel de Unamuno y Bernardo G. de Candamo: amistad y epistolario (1899-1936)*. Madrid: Ediciones 98, 2007.



De modo que creo que soy, aunque se me discuta probablemente, la única persona en vida que ha conocido a Unamuno, porque sus nietos, por ejemplo el nieto que llegó a conocerle tenía dos años cuando se murió Unamuno. Entonces D. Miguel venía a casa y se sentaba en una habitación que entonces se llamaba el gabinete. Porque una cosa que ha cambiado es el nombre de las habitaciones de la casa, porque la palabra gabinete..., el salón, esto que ahora pretenciosamente llamamos salón, el salón era en los palacios, pero en una casa normal era la sala, se llamaba la sala, y luego el sitio íntimo de estar era el gabinete. En el gabinete había una camilla en la que, como Unamuno era muy amigo de la camilla, pues se sentaba en la camilla con mi padre. Y yo pululaba por ahí, porque entonces una cosa que ha cambiado mucho, y probablemente para la pedagogía haya sido muy malo, es que antiguamente los chicos entraban en las reuniones con la gente mayor, cuando venía gente a casa yo siempre estaba allí, ahora cuando hay visita enseguida echan a los niños, pero antes solíamos estar con la gente mayor y hablar. Pues Unamuno me preguntaba «bueno, ¿y cómo vas en el colegio?», y yo había tenido unas notas magníficas, porque he sido muy buen estudiante, y le decía «pues he tenido unas notas magníficas». En el Instituto Escuela había la norma de no tener esa especie de clasificación del primero de la clase, el segundo, pero yo era indudablemente el mejor. Y se lo dije así «no, yo soy el mejor de la clase sin duda alguna», y entonces me dijo: «no te creas ni más ni menos ni igual que otro cualquiera, cada uno es único e insustituible, en ser la conciencia tienes que poner tu mayor empeño».

...y entonces me dijo Unamuno: «no te creas ni más ni menos ni igual que otro cualquiera, cada uno es único e insustituible, en ser la conciencia tienes que poner tu mayor empeño».

Esa época era estupenda. Yo frecuentaba el Ateneo porque en el Instituto Escuela se estimulaba mucho la producción personal e individual de cada alumno, y nos decían: tienes que hacer un ensayo sobre... lo que sea. A mí me pusieron un ensayo sobre la amapola, y yo descubrí que se llamaba *ababol* en el Ateneo, cogí un libro de botánica, me ayudaba todo el mundo, los empleados de la biblioteca, cualquier tema que les propusiera, pues me orientaban mucho en la biblioteca del Ateneo. En la biblioteca había siempre muchísima gente.

Y por las tardes la tertulia, que duraba muchísimo, en la Cacharrería y en la Galería, que por eso en esa época de antes de la guerra, en épocas en que Unamuno se llevaba mejor con la gente de la tertulia, pues iba por ahí y se sentaba. Ya se sabe que Unamuno era un hombre que hablaba, hablaba,



hablaba y no dejaba intervenir a nadie, cosa que se le reprochaba mucho, hasta el punto de que cuando Unamuno iba a la tertulia de Ortega y Gasset, la famosa tertulia de la *Revista de Occidente*, pues cuando llegaba Unamuno Ortega y Gasset se iba al cuarto de baño, lo que quiere decir que..., como los dos eran fantásticos, pues no se podían aguantar mutuamente, a Unamuno le daba igual porque él seguía hablando, con una voz que tenía..., era una voz nasal muy aguda.

Valle-Inclán me daba miedo

-¿Usted conoció a Valle-Inclán?

Yo conocí a Valle-Inclán, y a su mujer y sus hijos, él venía a mi casa. Cuando yo era pequeño me daba miedo Valle-Inclán, y entonces mi madre me reñía porque a mí me daba miedo, y él decía: «señora, no se preocupe, porque el niño tiene miedo y a mí eso me encanta, porque los campesinos de mi tierra cuando me ven dicen: “o demo, o demo”, el demonio». A él le gustaba, porque Valle-Inclán era todo lo contrario de lo que representaba, era un hombre de una bondad extraordinaria, era un hombre suavísimo, dulce, y él quería ser todo lo contrario, quería ser un ser demoníaco, porque claro, imitaba a los escritores franceses, a Verlaine, a Baudelaire, a toda esta gente, él quería ser un maldito, y lo conseguía pues gracias a... la barba.

«Valle-Inclán era todo lo contrario de lo que representaba, era un hombre de una bondad extraordinaria, era un hombre suavísimo, dulce, y él quería ser todo lo contrario, quería ser un ser demoníaco»

Cuando vivía en Santa Catalina los niños pululaban por la Galería de Retratos, vivía en un piso del Ateneo. El consiguió..., entre otras influencias fue muy importante la de mi padre, y muy activa, para que le concedieran el piso de Santa Catalina, y se lo alquilaron, pero como no pagaba nunca pues...no le costaba nada, y vivió ahí bastante tiempo. Luego ya cambió completamente el hombre al final de su vida, cuando le nombraron director de la Academia Española de Roma. Y luego he visto yo una cosa muy curiosa, que en Roma conoció a su sucesor, que fue el marqués de Lozoya. Cuando volvió a Madrid, el marqués de Lozoya que era un hombre de una bondad extraordinaria y tenía una casa en General Oraa nº 9, que existe, una casa magnífica, suntuosa, inspirada en los palacios del Renacimiento, y entonces cuando volvió de Roma, pues se conoce que no tenía... ya tenía dinero porque le había quedado una



pensión, pero no sabía vivir tampoco y andaba buscando casa, y entonces el marqués de Lozoya que fue su sucesor en la Academia Española de Roma le dijo: «yo creo que en mi casa de General Oraa habrá algún sitio». Y efectivamente lo hubo, porque en la puerta hay una placa que pone *Aquí vivió Valle-Inclán...*

La tertulia de Eugenio d'Ors

Valle-Inclán era muy buena persona, pero claro también era impertinente. Porque eso que cuento de que mi padre era impertinente, eso era muy de la época, o sea, la agudeza de hacer daño al otro, como los literatos siempre han sido presuntuosos y pretenciosos, pero claro si les pinchan... Como decía Eugenio d'Ors «al que se hincha, si se le pincha se desinfla». Y él se hinchaba, porque hay que ver lo presuntuoso que era Eugenio d'Ors, yo iba todos los viernes a su tertulia [ya después de la guerra]. Vivía en la calle del Sacramento, en una casa que le habían dejado los marqueses de Hoyos, los viernes nos congregaba a una gente que él suponía brillante, y nos apabullaba con su sabiduría, entonces tenía un ángel del escultor Clará, y nos daba un ágape, que llamada él, que consistía en una copa de vino y unos canapés..., escaso. Y entonces llegábamos y se ponía muy pomposo «Hombre Candamo, ¿y su padre?, tiene que venir primero a saludar al ángel». Y había que ir lo primero a saludar al ángel de Clará y luego ya había que sentarse alrededor a escucharle, siempre había que llamarle «maestro», y él te soltaba unos rollos ingeniosos, de cosas que acababa de leer en la enciclopedia Espasa, porque tú no podías intervenir para sacarle el tema tuyo ¿no?, entonces su tema él se lo había empollado, je je, y te dejaba estupefacto. Iba también el filósofo Aranguren, y era muy gracioso aquello, luego unos jovencitos brillantes de la Universidad, unos jóvenes diplomáticos recién salidos de la escuela diplomática, y para que veas la clase de temas que sacaba el maestro, un día nos habló de Juliano el Apóstata, y dijo que era el que había inventado los nacionalismos, sí se puede pensar, porque fue un hombre que rompió la unidad del Imperio Romano. Y como Eugenio d'Ors era un catalán anticatalanista, era enemigo de los nacionalismos. También se vestía de falangista, en una época, y se ponía un uniforme maravilloso blanco, porque era muy pretencioso, y llevaba una guerrera blanca llena de yugos y de flechas. Y luego se metía con Franco... Y Aranguren lo mismo, Aranguren era un falangista y luego, ahora se ha muerto hace poco y han dicho que era el testimonio de un intelectual revolucionario y tal... qué cosas.



La biblioteca y Juana Capdevielle

-¿Conoció usted a Juanita Capdevielle, que trabajó como bibliotecaria entre 1934 y 1936?

¡Hombre claro, Juanita Capdevielle! Porque uno de los éxitos de mi padre, claro mi padre no era un técnico bibliotecario, era el socio bibliotecario, y entonces Juanita era una bibliotecaria de verdad, y entonces se impuso, con gran apoyo de mi padre que estaba encantado con eso y Juanita Capdevielle, se impuso el sistema decimal. Todavía en la sala de ficheros está la clasificación decimal, que no era nada fácil de usar en principio. A veces mi padre se peleaba con ella, porque mi padre tenía una formación literaria y Juanita Capdevielle tenía una formación técnica, y claro mi padre decía que clasificaba..., que sí, que eso estaba bien, pero... que no le otorgaba la importancia que tenía a los libros extranjeros, no sé qué y tal..., habladurías de entonces..., que clasificaba la cría del conejo al lado de no sé qué, je je, cosa que es así, porque a lo mejor técnicamente pues la cría del conejo sale al lado de..., qué diría yo, de Heine o de quien fuera ¿no? Je je. Pero bueno, dentro de eso pues se llevaba muy bien, porque mi padre presumía mucho de haber introducido el sistema decimal, que a lo mejor en la Biblioteca Nacional todavía se estaba empezando o... hombre un poco como lo que ha pasado ahora con la informática, es igual.

Y Juanita se casó con un chico que hacía oposiciones en el Ateneo, porque entonces estaba todo lleno de opositores, y ahora también supongo, y se casó con este chico, Antonio Pérez Carballo, los dos eran izquierdistas, y a él le hicieron gobernador civil de La Coruña. Fue un éxito, claro no te digo nada, ¡Juanita Capdevielle mujer del Gobernador! Se fue a la Coruña... y los fusilaron. Fíjate qué cosa, sería a los dos o tres meses, fue el principio de la guerra, que mataban a un señor por ser cura o por ser..., pues los mataron a los dos. Luego he ido yo hace muy poco tiempo, con una nieta mía que es licenciada en filología, he ido a la Facultad de Filosofía y Letras porque se hizo una especie de conmemoración de la inauguración de la Facultad, por cierto que me encontré allí con chicas del Instituto Escuela compañeras de clase, a las que no había visto desde la guerra, porque viven en Estados Unidos, por ejemplo Carmen Zulueta, y la hija de Morente, Carmen García Morente que ha sido compañera del colegio. Su padre, que había sido un hombre absolutamente positivista y ateo, y se hizo cura, una cosa increíble, ellos vivían enfrente de casa en Claudio Coello, y además de que hemos ido al colegio pues siempre hemos tenido... Y de repente se hace cura Morente, je je je, que mi padre decía «no sé cómo no le da vergüenza después de todo lo que ha



dicho en esta vida», iba vestido de cura y se encontraba con mi padre: «hola Candamo», je je. Entonces con motivo de esa celebración de la Facultad de Filosofía y Letras hicieron un homenaje a Juanita Capdevielle y había grandes fotografías ampliadas.

En este reportaje del año 34 que hizo Pérez Bojart sobre la Biblioteca del Ateneo², ahí salen mi padre y Juanita. El pobre Pérez Bojart que siempre estuvo muerto de hambre, con guerra y sin guerra, porque no ganaba dinero con nada, mi padre le dejaba dormir en el Ateneo, y se quedaba en esos sillones que hay en el Ateneo muy viejos y muy cómodos, ahí se quedaba Bojart a dormir. A Bojart en los círculos literarios le llamaban *La Momia*.

El gato del Ateneo

-¿Y el gato del Ateneo?

Yo creo que el gato del Ateneo se llamaba Platón, siempre se llamaba Platón y siempre era negro, pero claro no siempre era el mismo gato, y estaba muy gordo, decía Torres que estaba tan gordo de comer ratones, pero yo no me lo puedo creer...

-En un reportaje de prensa de los años 30 se decía que Manuel Azaña propuso asignar un presupuesto para la comida del gato

En el presupuesto del Ateneo, me lo contaba Torres el conserje, ponía «gastos de cordilla», porque los gatos comían cordilla. El gato paseaba por la galería, por los pies de la gente, y siempre era un gato muy gordo y negro, que yo creo que también tiene una cierta referencia masónica, que el gato negro tiene un cierto sentido esotérico, y prueba de eso es que había otro gato negro en un sitio que se llamaba «El Gato Negro» que era el café del Teatro de la Comedia, o sea al lado del Teatro de la Comedia había un café, magnífico, un café de esos de terciopelo colorado, que es donde iba siempre Benavente. Yo he ido a ese café así de oyente a las tertulias, iba Benavente, iba... porque es que yo también hacía crítica de teatro en esa época, había una tertulia allí de Benavente que iba siempre con sus amiguitos.

² «El tesoro del Ateneo y sus guardadores». *Ahora*, 6 de diciembre de 1934, pág. 11.



Torres, el conserje azañista y masón

-¿Se acuerda usted del conserje que había en el Ateneo antes de la guerra, que se llamaba Torres?

Sí, y además es una persona de la que yo querría hablar muchísimo, porque desapareció, se murió, le habían tratado muy mal en la cárcel después de la guerra. Era masón, pero además era un masón muy importante, tenía un grado altísimo. En el Ateneo había muchísimos masones, mi padre se reía de ellos, se burlaba y decía «qué, ¿ya se ha puesto usted el mandilito?», je je je, porque le parecía una ceremonia ridícula, yo no sé si eso le habrá costado disgustos también, porque la masonería tuvo mucha influencia en esa época, antes de la guerra. Este hombre, Antonio Torres, era un perfecto mayordomo, era un hombre de una educación extraordinaria y trataba a los socios, que para él tenían una categoría, les trataba con un respeto maravilloso, cosa que era muy de agradecer. Por ejemplo yo cuando tenía 15 años, pues Torres me llamaba de usted. Y él había adquirido su deficiente cultura ¿no?, tenía una cultura superficial el hombre, pero claro te hablaba de cosas empingorotadas, porque él en el mundo del Ateneo, pues claro escuchaba a gente muy importante, y él hablaba luego, exponía las ideas con énfasis pero metiendo mucho la pata... Pero la formación de Torres, era curioso, el hombre fue mayordomo de un embajador de Francia que hubo aquí, estuvo muchos años con ese embajador, que es el que le debió de introducir en la masonería, y él había adquirido esa manera exquisita de ponerte una copa..., pero al mismo tiempo tenía mucha soberbia, y cuando estalló la guerra pues fue terrible, porque él adoraba a mi padre y adoraba al Ateneo, y sobre todo a Azaña, era un azañista ciego, de ahí viene la anécdota que se ha contado mucho, de que llevó al gato del Ateneo al gran mitin de Azaña. El caso es que llega esta cosa de la guerra, toda la Junta del Ateneo sale, con unos enchufes increíbles, embajadores... etc, todo el mundo. Fernando de los Ríos, que a la sazón era presidente, a mi padre le dijo que si quería..., porque con motivo del homenaje que se hizo a mi padre en el año 35, el gobierno francés le concedió la Palma Académica, condecoración importante porque quedaba nombrado *Officier d'Academie*. Entonces a mi padre que había nacido en París y tenía su pasión por la cultura francesa, había estado en la guerra de corresponsal allí, le agradó mucho eso. Torres tenía un gran afecto a mi padre. Torres sabía francés, era un hombre de una cultura absolutamente caótica, improvisada,

«...él adoraba a mi padre y adoraba al Ateneo, y sobre todo a Azaña, era un azañista ciego, de ahí viene la anécdota que se ha contado mucho, de que llevó al gato del Ateneo al gran mitin de Azaña...»



porque era un hombre que había adquirido la cultura por roce, pero como había estado con el embajador de Francia sabía francés bien. Metía la pata cuando decía palabras complicadas, por ejemplo a mi padre le decía «D. Bernardo, perdone usted que me *inmíscua*». Claro, ser conserje del Ateneo es muy importante, porque es un caserón el Ateneo, claro en aquella época pues el carbón, el no sé qué... el conserje del Ateneo manejaba todo, supongo que tendría algún beneficio que se buscaría, je je je, de meterse algún duro en el bolsillo...

El Ateneo en guerra

Pero claro, llegó la guerra, y resulta que se acaba el dinero, el escaso dinero, absolutamente, y se acaba el carbón. El frío que había, yo todavía entro en el Ateneo en agosto y siento frío, primero porque el Ateneo es un caserón y siempre está más fresco en verano, pero es que yo todavía tengo... Teníamos todos las manos llenas de sabañones, parte de la culpa de que no había calefacción porque se había acabado el carbón y no había manera de adquirirlo. Porque los proveedores del Ateneo al principio siguieron manteniendo la cosa de llevar los productos, pero claro, cuando vieron que no les pagaban, pues ya dejaron de llevar el carbón y todo. Entonces aquello se quedó solitario, el Ateneo, muy solitario, y mi padre se apoyaba muchísimo en Torres. Pero Torres decía «D. Bernardo, que no hay un céntimo, a ver con qué se va a pagar, porque desde luego como no haga usted algo es que la gente no cobra». Entonces mi padre llamaba a Azaña por teléfono, era muy amigo, además él había sido presidente. Entonces Azaña decía «bueno Candamo, pues eso se arregla inmediatamente, hable usted con Miguel Salvador». Miguel Salvador era el jefe de su Secretaría, un hombre importantísimo, abogado, hermano de Amós Salvador, por cierto que era tío de Miguel Boyer. Entonces Azaña se quitaba de en medio el problema, pero hablaba mi padre con Miguel Salvador y él le daba largas y decía «no, si el problema es que nosotros estamos aquí en Valencia, o en no sé donde, donde estuvieran, y claro no tenemos aquí manera de actuar, pero yo voy a mandar un telegrama y usted tal y tal...». Mandaba el telegrama y efectivamente hacía la gestión y luego le contestaban diciéndole «la subvención está aprobada, pero la tienen que cobrar en la Delegación de Hacienda». Y en la Delegación de Hacienda decían «¡pero si aquí no tenemos ni un duro!»

La biblioteca seguía con gran parte de las adquisiciones porque era muy amigo mi padre del librero francés Dossat de la Plaza de Santa Ana, que ahora



vamos allí a tomar vino porque la librería la han convertido en cervecería, pero está exactamente igual, han tenido el buen gusto de dejarla como estaba. Y Esteban Dossat siguió pagando él las suscripciones a revistas extranjeras durante algún tiempo, claro, hasta que Madrid ya se convirtió en un caos.

«La biblioteca seguía con gran parte de las adquisiciones porque era muy amigo mi padre del librero francés Dossat de la Plaza de Santa Ana [...] Y Esteban Dossat siguió pagando él las suscripciones a revistas extranjeras durante algún tiempo, claro, hasta que Madrid ya se convirtió en un caos»

Y luego claro, el pobre Antonio Torres se portó muy bien con mucha gente, porque había en el Ateneo unas gentes desamparadas, que se metían en la biblioteca, entre otras cosas primero porque no tenían donde ir y después porque tenían mala fama y los iban a fusilar de un momento a otro, a darles *el paseo* como se decía entonces. Pasó lo que he contado también del ingeniero ruso. Como vino el embajador ruso Marcel Rozenberg, que se instaló en el Palace, entonces el embajador ruso ese, que vino con todos aquellos guardianes estalinistas terribles y tal, fíjate que al embajador éste luego lo mataron en Rusia, porque ese Stalin era un bestia. El caso es que debieron dar orden de perseguir a los rusos blancos que había en Madrid, y uno de ellos era ese ingeniero que, como pasa mucho con los rusos, era un matemático excepcional y calculaba estructuras para los arquitectos, porque los arquitectos tenían fama de saber pocas matemáticas, y entonces utilizaban a este matemático maravilloso que calculaba las estructuras, y vivía muy bien antes de la guerra, pero empezaron a perseguirlo y este hombre se colocaba en la biblioteca de Santa Catalina, que era más discreta. Entonces llegaba la policía: «¡Aquí hay un ruso que se llama no se qué y venimos a detenerle!», entonces salía Torres y decía: «sí, sí, un momento, voy a ver si está...». Entonces iba a mi padre y le decía «¡D. Bernardo, que vienen a detener al ruso!» Y entonces mi padre le decía al ruso «¡váyase inmediatamente por la escalera!» y se iba el ruso por la escalera de Santa Catalina.

Fue pasando la guerra y entonces iba yo aumentando mi edad, ya tenía yo 16 años, 17 cuando ya acabó. Yo iba al Ateneo durante la guerra entre bombas, porque es que uno se acostumbra a la guerra inmediatamente, parece una cosa... Yo cuando veo esas películas de Berlín, que los niños van por encima de los escombros y tal, me digo: pero si eso casi lo hemos hecho nosotros... Yo iba con mi amigo Germán Fuertes, que luego llegó a ser magistrado decano de Barcelona, ese chico era compañero mío de clase, estábamos aburridos y nos íbamos a ver el frente, y el frente empezaba en la calle Mayor, entonces íbamos andando a ver hasta dónde podíamos llegar, y



efectivamente llegaba un momento en que había un soldado que decía «¡por aquí no se puede pasar chicos, que esto es el frente! ¿Os habéis enterado?».

Hay una cosa que es misteriosa. Había un ciudadano, entre los empleados de la biblioteca más importantes, creo yo, que se llamaba Baltanás. Me acuerdo por lo que pasó hace poco en la Biblioteca Nacional cuando estaba de directora Rosa Regás, que quisieron quitar la estatua de D. Marcelino Menéndez Pelayo, que hay que ser un poco bestia, porque es un monumento que tiene muchos años y D. Marcelino no se merece tampoco que lo retiren. Entonces yo caí en la cuenta de que mi padre había tenido una especie de conversación con un fulano llamado Baltanás, empleado de la Biblioteca del Ateneo, al que los rojos le hicieron director de la Biblioteca Nacional, no sé si sería director técnico o qué, el hombre desde luego era un funcionario de dar los libros, no era nada más, pero le hicieron eso y entonces no se le ocurrió otra cosa que retirar la estatua de Menéndez Pelayo. O sea que hay un precedente. Y entonces mi padre le dijo: «mire Baltanás, usted es un bárbaro, porque no se puede retirar a D. Marcelino que era un sabio, tuviera las ideas que tuviera, un hombre que ha desarrollado una labor impresionante, eso no se puede hacer, como a usted se le ocurra hacer eso quedará inscrito para la historia como un bárbaro». Je je. Y cuando veo que a Rosa Regás se le ocurre lo mismo, digo ¿será posible que no sea la primera vez?, y que acabarán quitándolo a D. Marcelino, llegará alguien que lo arrancará, ¡qué gracia!

Durante la guerra quisieron llevarse la biblioteca unos de los ateneos libertarios. Porque eran unos salvajes, como eso de ateneo ha parecido siempre una palabra muy rimbombante, todos querían tener el Ateneo Libertario de Vallecas, el Ateneo Libertario de nosequé, entonces cogían un caserón de cualquier sitio y decían «aquí hay que hacer para el obrero una biblioteca, vais al Ateneo y os traéis un camión de libros». Entonces entraban, dejaban la camioneta en la puerta y entraban con los pistolones: «¿aquí quién manda?». Salía mi padre y les decía: «no, no, si a mí me parece muy bien, pero ¿qué traéis, una camioneta? tenéis que traer por lo menos cuarenta camiones para llevaros toda la biblioteca, porque la biblioteca hay que llevársela entera, y no me opongo a eso ¿eh?, pero yo creo que sería mucho mejor que vinieran a leer aquí, porque esto está abierto al obrero y a quien sea, así que es mejor eso, o si ya decidís llevaros la biblioteca, pues tenéis que traer 40 o 50 camiones, llevar los libros ordenados...» Les enseñó toda la biblioteca y ellos dijeron «¡joder, cualquiera carga con todo esto!»

Durante la guerra cayeron muchas granadas en el Ateneo... bueno, a lo mejor era mi hermano el que las tiraba, porque era capitán de una batería



situada en el Cerro Garabitas y entonces los pepinazos esos a lo mejor los tiraba mi hermano... ¡Qué tremendo, lo que es la guerra civil! Es que detrás del Ateneo, donde hasta hace poco estaba el Banco Exterior de España, ese solar era la Casa Vasca, tenía un gran patio que lindaba con el Ateneo y allí jugaban a la pelota los vascos, y por lo visto era un sitio apuntado por los artilleros del otro lado, y tiraban ahí. Entonces todas las ventanas de la biblioteca estaban rotas. Allí en el mes de enero, sin calefacción y con todas las ventanas rotas... ponían cortinas pero no servía de nada, o sea que el frío era una de las sensaciones notables, sobre todo de la biblioteca del Ateneo, estaba un poco más recogida la otra sala, la pecera, que no tiene ventanas. Hicieron mil intentos de calentar con estufas antiguas, ponían leña, pero no servía de nada. Había gente en la sala, pero bueno, podía haber 10 personas o así.

Mi padre consiguió un enchufe, para tener un poco de dinero, y ese enchufe fue el Comité de Lectura. Porque hay una cosa muy importante para entender también esta época del Ateneo y todo esto: Madrid se hizo independiente, porque el Gobierno se fue, y entonces hubo la Junta de Defensa, dirigida por el general Miaja, y ahí no había más que el general Miaja, que puso al principio su cuartel general en el Ministerio de Hacienda de la calle Alcalá, en el sótano. Y entonces se constituyeron unas pequeñas instituciones adecuadas a ese Madrid de la Junta de Defensa, el Madrid que no se rendía y que vivía fuera del organismo general de la República, porque era ya una plaza militar. Y entonces había una Junta de Espectáculos, allí se enchufó mi padre como director del Comité de Lectura, y entonces todo el que quería estrenar una obra en Madrid tenía que ser aprobado por el Comité de Lectura, por su calidad como obra dramática, aunque luego claro habría también la censura política, todavía tengo por ahí una lista de las obras suspendidas por mi padre, je je, porque eran malísimas, porque a lo mejor el miliciano Remigio, pues quería estrenar en el Español y era un analfabeto... Y en esa Junta estaba el maestro Turina, que estaba también en Madrid, que no podía ir a Sevilla que era donde él vivía, y entonces el maestro Turina pues también tenía que aprobar la música, porque había gente que quería estrenar sainetes musicales o así, y también suspendía a todo el mundo. Turina iba por el Ateneo, y era un hombre muy parlanchín como buen sevillano, mi padre decía «este Turina no me deja en paz, porque no me deja venir a casa, todo el tiempo hablando hablando».

Cuando íbamos mi padre y yo al Ateneo, salíamos por la calle Serrano hasta Plaza de la Independencia, bajábamos a Cibeles, íbamos por el Paseo del Prado hasta la calle del Ateneo, pero ahí cascaba la artillería de una manera terrible. Pero mi padre iba tranquilamente, solo la mayoría de las



veces, otras iba yo con él, y eso que he contado, que un día en pleno bombardeo, pues que se ponía un sobre que llevaba siempre con libros y papeles, se lo ponía así encima cuando estaban bombardeando, y seguía andando así con el sobre... Y un día iba por el Paseo del Prado, y unos señores que estaban en un portalón lo metieron para adentro y le dijeron «D. Bernardo, ¡qué hace usted!, está usted loco, ¿no está viendo?», había muertos por la calle, «¿no tiene usted miedo?» Y él dijo «no, no tengo miedo», y le dijeron «¡Pues eso no es valor, es falta de imaginación!».

Una escuela entre las bombas

Entonces el Ateneo fue cobrando un poco de vida por sí mismo, y mi padre dijo «es que a esto lo que hay que hacer es darle vitalidad, funcionamiento...» e inventó lo de las clases. Que por cierto tengo que ir al Ateneo a ver cuál era la habitación donde dábamos clase, era por el primer piso, donde los balcones de Santa Catalina, que todavía paso por ahí y me parece estar viendo a las chicas compañeras de clase. Eran unas habitaciones largas con tres balcones a la calle, entonces cuando llegaba yo ahí estaban las chicas y los chicos asomados a los balcones. En ese reportaje del Blanco y Negro de 1938³ estoy yo ahí sentado en la clase de árabe, esa es la profesora de árabe, Hortensia. Lo que es prodigioso es mi memoria, porque han pasado 70 años, por ejemplo éste profesor es Alejandro Kesküla, el profesor de ruso, éste venía por la tarde a casa a hablar con mi padre, porque mi padre quería tener fluidez, porque sabía ruso de toda su vida pero le gustaba tener fluidez, este profesor tenía el mismo vicio o virtud que Unamuno de comer ajos crudos. En las clases había chicos y chicas jóvenes, pero también gente viejísima, había de todo.

Las escuelas estaban cerradas durante la guerra, el Ateneo era el único sitio donde había clases, algunas importantísimas. Yo tenía un profesor en casa que se llamaba el señor Prat, era un profesor de ciencia, porque claro, el problema es que a los 14 años dejas de estudiar matemáticas, física, química, y no te digo nada. Cuando empezó la guerra yo había hecho el 4º de bachillerato, me quedaban el 5º, 6º y 7º y el examen de estado, y para la parte de letras en mi casa había un ambiente bueno, pero la cosa de ciencias, que en estos años de bachillerato es importante, si te quedabas atrasado iba a ser

³ «El Ateneo de Madrid reanuda brillantemente sus clases». *Blanco y Negro*, 1 de agosto de 1838, págs. 37 y 41.



imposible seguir adelante. Entonces tenía un profesor, el señor Prat, magnífico, que me enseñó más que si hubiera ido al colegio.

Aquellas clases del Ateneo, aparte del aspecto cultural, fueron para mucha gente un refugio, un refugio incluso psicológico, y físico, porque por ejemplo había gente perseguida, había un alto funcionario del Banco de España, se llamaba Pazos y debía de ser importantísimo en el Banco de España, pero estaba perseguido, entonces se había dejado una barba gris, y por eso le llamábamos..., porque todos teníamos un apodo en la clase de inglés, y el señor Pazos, que tenía unos 60 años o más, era *The gentleman of the gray beard*, el caballero de la barba gris. Y luego había una señorita, ya entrada en edad, solterona, que era muy pizpireta, esa llevaba una araña de bisutería, entonces era *Miss spider*, que es miss araña. Y luego estaba el gran personaje, que era *The russian lady*, la dama rusa, que era Vera Romanova, de la familia de los zares, había sido cantante de ópera, había cantado en la Opera en Paris..., era una gran dama, iba con un abrigo magnífico, todo un poco despeluchado y venido a menos, la pobre señora, y a esta también la metieron en la cárcel, a ella y a su hija, mi padre también influyó para que las sacaran. Aquella clase era una cosa increíble. Luego las chicas, claro en aquel entonces yo estaba enamorado de todas, había una catalana con la que he seguido mucho tiempo escribiéndonos cartas, hace mucho que no sé de ella, otra hija de un abogado que el padre, que era bastante viejo, iba también a clase porque se aburría en su casa, y luego el padre se iba solo para que yo fuera con la niña acompañándola a casa.

«Aquellas clases del Ateneo, aparte del aspecto cultural, fueron para mucha gente un refugio, un refugio incluso psicológico, y físico...»

1939, el Ateneo requisado

Lo curioso es que mi padre siguió yendo al Ateneo requisado, cuando entró Falange. Lo primero que hicieron fue quitarle el cuartito de la oficinilla esa que hay. Porque a mi padre le gustaba estar en la biblioteca en el pupitre número 1, pero luego le gustaba tener un refugio, que era el cuartito donde está ahora el despacho de la bibliotecaria, entonces solo había ese cuartito de fuera, mi padre tenía allí una mesita y le gustaba refugiarse para que no le dieran la lata. Cuando entraron los de Falange le echaron de allí inmediatamente. Pero lo que también es curioso es que, como dice en ese



libro⁴, el Ateneo lo requisó la Delegación de Educación de Falange y el jefe de todo eso era Salvador Lissarrague. Pues Salvador Lissarrague era socio del Ateneo de siempre, y en la convocatoria del banquete homenaje a mi padre de 1935 firma Lissarrague, entre Fernando de los Ríos y otros, o sea que él entró y en cierto modo entró para proteger un poco el Ateneo, eso no cabe duda. Salvador Lissarrague trataba con mucho respeto a mi padre y no le echaron del pupitre número 1 donde se sentaba. Mi padre tuvo el valor de afrontar aquello, porque luego había unos falangistas rabiosos, de esos que luego cambiaron de camisa, Eugenio Mediano Flores... etc. Y allí aguantó, años y años, no tenía que pagar porque, aparte de que ya no existía el Ateneo, era socio de honor. Entonces se metía allí, eran épocas muy malas, porque todos los bienes que le podían quedar, dentro de que él se administró muy mal siempre, tenía alguna casa en Madrid pero no pagaba nadie, o sea que muy mal, muy mal. A veces me dicen que lo podían haber fusilado, si no hubiera sido por mi hermano. Porque claro yo tenía un hermano, maravilloso, llamado Bernardo, que tenía 10 años más que yo, y ese siguió el rumbo de la familia materna, que el padre de mi madre era general, entonces en casa había también esa otra vertiente del militarismo de la familia de mi madre. Yo salí a la familia de mi padre, pero dentro de que nunca en casa hubo la menor distensión ni nada, no pasaba nada, antes de la guerra podías ser de derechas o de izquierdas, o militar, o cura, no pasaba nada. Mi hermano que estaba destinado en África, el día 17 de julio se adhirió a la sublevación, vino con las columnas que vinieron de África hasta la casa de campo, y murió en el frente de Villaverde, allí una granada le hirió y le llevaron a un hospital de Griñón pero murió, con 25 años, capitán de artillería. Esa fue la otra cosa mala en casa. Y eso produjo una cierta influencia para que a mi padre no lo metieran en la cárcel, porque si no por supuesto se hubiera tirado en la cárcel un par de años, o se hubiera muerto en la cárcel, no lo hubiera aguantado.

En la Biblioteca había una serie de funcionarios. Tengo el recuerdo un poco confuso. Estaba Cabezón, era como un personaje del Greco. Luego estaba Mariano, el hijo de Mariano, que fue a la guerra, Juanito que era limpiabotas, y luego Matías Vilanova. Matías Vilanova era un héroe de la guerra de Cuba, tenía una barbita, a mí me parecía viejísimo, se ponía un gorro como los que llevaban los maestros de escuela del siglo XIX, así como de seda negra redondo, y él yo creo que era de izquierdas, pero tenía una ventaja y es que tenía la Cruz Laureada de San Fernando, porque había estado en la guerra de Cuba y como era un hombre muy listo llegó a cabo, y entonces cuando iba por la selva con su pelotón llegaron los mambises y los rodearon, y

⁴ Síglar Silvera, Fernando y otros: *El Ateneo intervenido 1939-1946*. Madrid: Ateneo de Madrid, 2008.



él, con un valor extraordinario, luchó contra los mambises y los puso en fuga, por eso tenía la Cruz. Entonces después de la guerra siguió en el Ateneo, en el año 44 estaba y fue el que me dijo: «Luis, te tienes que apuntar, porque aquí no se puede venir sin pagar, de manera que si quieres seguir leyendo hay que pagar, pasa por Secretaría». Por eso mi ficha de socio tiene el alta en 1944. A Matías Vilanova si le amenazaba alguien, cuando ya estaba requisado el Ateneo, si le decían «¡como se cabree el general nose cuantos y tal...!», él decía: «un momento, el general se puede cabrear conmigo, pero lo primero que tiene que hacer es ponerse firme y saludarme, porque a un Caballero Laureado de San Fernando cualquier militar, tenga la graduación que tenga, se tiene que cuadrar ante él».

Luego en la posguerra, otra cosa terrible. En un periódico salió uno que hacía reportajes hablando de la época de la guerra, las barbaridades que habían hecho los rojos... y entonces dijo que fueron unos del Ateneo (seguramente sería un Ateneo libertario), dirigidos por un tal Candamo, que con un pistolón enorme, jugueteaba con el pistolón amenazando a todos y diciendo que requisaba el Círculo de Bellas Artes, un tal Candamo. Por eso sí que le podrían haber fusilado inmediatamente... ¡jugando con un pistolón!, que mi padre no sólo no había tocado un arma nunca, sino que incluso odiaba el fuego, odiaba hasta las cerillas, así que las armas de fuego nunca, y las armas blancas las usaba para cortar jamón, ¡fue una barbaridad!

Un tal Pascual Marín, que fue muy importante en el Ateneo requisado, era yerno de un famoso catedrático de derecho, Pascual Marín formaba parte de las juntas esas falangistas que se hacían en esa época, pues él se peleó con mi padre, porque mi padre era muy impertinente, y además tenía ingenio y soltaba cada una... Mediano Flores le preguntó un día: «¿qué le ha parecido a V. mi conferencia D. Bernardo?» y le dijo: «mediano, Mediano», je je je, y el otro increpó: «¡Pues le advierto a usted D. Bernardo que como cuente yo las cosas que sé de usted de la guerra y de lo rojo que ha sido...!». Bueno, pues Pascual Marín, seguramente por otra impertinencia parecida, se cabreó muchísimo, y entonces le dijo: «mire usted D. Bernardo, existe esto en papel, en el diario Ya, o no sé qué, dicen que usted fue con un pistolón a hacerse cargo del Círculo de Bellas Artes, amenazando con matar a todo el que estaba allí», y mi padre dijo: «¿pero usted cree posible eso de mí?», «no, yo no lo creo posible, pero está dicho, y como usted me molestó lo voy a airear eso». Así se ha fusilado a mucha gente, por confundir a uno con otro. Yo cuando lo leí pensé, porque nos mandó el artículo, pensé que para qué quería el Ateneo el Círculo de Bellas Artes, que sería en nombre de algún Ateneo libertario y el periodista lo asoció con el Ateneo y con Candamo.



Con el archivo del Ateneo no sé qué pasaría, yo no sé nada de eso. Igual fue una estupidez de algún mandamás de aquellos, que se lo llevaran a Falange para estudiarlo... Luego, después de la guerra había muchísimos policías en la biblioteca, montones, por eso a lo mejor se lo llevaron ellos, estaban estudiando los periódicos, había una serie de policías que se pasaban la jornada entera estudiando los periódicos de la época

«Después de la guerra había muchísimos policías en la biblioteca, montones... se pasaban la jornada entera estudiando los periódicos de la época roja que había en la biblioteca, para ver lo que había hecho fulano de tal, el otro... Se les miraba con un miedo horrible, porque en los periódicos salía todo...»

roja que había en la biblioteca, para ver lo que había hecho fulano de tal, el otro... Se les miraba con un miedo horrible, porque en los periódicos salía todo... las declaraciones que había hecho Benavente, por ejemplo, a favor del gobierno de la República y tal... Y claro, los policías: «¡mira lo que dijo Jacinto Benavente, que dijo: Madrid se defiende de la canalla fascista...!». Pues a lo mejor los policías dirían: «bueno, todo esto a la Dirección de Seguridad...».

Y la represión de la masonería, cuando cortaron las estrellitas. Yo me acuerdo de los obreros con los sopletes. Ese odio que hubo con la masonería. Y claro el Ateneo ha sido masónico desde su fundación, porque el Duque de Rivas era un masonazo, y todos los señores del romanticismo, porque claro, el romanticismo empieza en España el mismo día en que se funda el Ateneo... entonces es cuando se mató Larra... que por cierto, yo que soy un paseante de Madrid, pues veo muchas casas magníficas que son del año 1835, pero casas estupendas, por ejemplo ahí en la Plaza de Pontejos, casas que han sido palaciegas, algunas de las que usa Galdós para su Fortunata y Jacinta, las casas de la señora rica, de Jacinta están por ahí, y son verdaderamente como palacios...¿y por qué? Claro, es el momento del liberalismo, ha muerto Fernando VII, y hubo un movimiento de dinero... pero ya te digo esto del Ateneo de los masones, pues ser masón en aquella época, todos los intelectuales eran masones, porque era un movimiento contra el oscurantismo, y el carlismo, y la iglesia...



AHORA

EL TESORO DEL ATENEO Y SUS GUARDADORES



La sala segunda, vieja, de la Biblioteca, renovada recientemente (Foto Almazán)



La bella y culta bibliotecaria del Ateneo, trabajando en su despacho

El conde de las Navas, bibliófilo, escritor, hombre de mundo, gran amigo de don Juan Valera, era entonces el bibliotecario de la docta casa. Este adiverbio de tiempo, "entonces", saturado de melancolía, henchido de añoranzas y de saudades. Se refiere a una lejanía cronológica de bastante más de cinco lustros. Casi equivale, sentimentalmente, a un "allí" señalando a una estrella. Alude a un Madrid sin rascacielos, a una Castellana todavía típica y señorial a la hora del paseo de coches, a un café de Foros galante, literario y político, a unos barrios bajos con chulos y chulas de los que amaba tanto Ricardo de la Vega, a un teatro de Esclava en que triunfaba la canción del "morrongo", cantada por la López Martínez...

Entonces, digo, era bibliotecario del Ateneo el conde de las Navas. Y solía abordarle, a lo mejor, en la Cacharrería un jovencuelo con cara de gallo, provisto de un "monocle" en cuyo cristal rutilaba la impertinencia, para decirle, por ejemplo:

—Querido conde, he advertido en la biblioteca una laguna. No hay ni un libro de Jean Lorrain.

El conde de las Navas hacía un suave gesto de resignación condescendiente y prometía llenar, al punto, aquella laguna.

Hoy, aquel joven chantecleresco ya no usa "monocle"; usa antiparras. Su pelo, en aquel tiempo negro, es ahora—me apresuro a reconocer que un poco prematuramente—blanco como el armiño. Su gusto sigue estando abierto a la novedad, la originalidad y la osadía literarias, si bien su entusiasmo por Lorrain ha decaído un tanto. Aquel joven ocupa hoy, en la Junta directiva del Ateneo, el lugar que ocupaba entonces el conde de las Navas.

Bernardo G. de Candamo, maduro ya, "pravecto" en la acepción etimológica de esta palabra, es el bibliotecario de la docta casa, desde hace algunos meses. De los lejanos tiempos evocados acá, el número de libros—ya entonces cuantiosísimo—de la biblioteca ha crecido de un modo enorme. El Ateneo rebosa de libros. Se han ido habilitando, para colocarlos, los pasillos y cuantos lugares ofrecían espacios susceptibles de ser ocupados por estantes, además de haberse añadido a la biblioteca nuevas salas. El señor Azaña cuando presidió, tan activa y emprendedoramente, el Ateneo, dejó un vasto proyecto de obras de albañilería encaminadas a hacer más apto el edificio para alojar su cada día más copioso tesoro bibliográfico.

No era precisa esta hipertrofia de la biblioteca para que el Ateneo fuese una biblioteca por encima de todo. De sus funciones, la que cumple la biblioteca es, desde hace muchos años, la esencial y suprema. Así lo hizo entender su ilustre presidente actual, don Fernando de los Ríos, en su breve y bello discurso de toma de posesión del cargo.

En el Ateneo se habla y se discute de política. Negarlo sería absurdo, y no comprenderlo, insensato; pero el Ateneo no es, como algunos piensan, una especie de "Fontana de Oro". Si frecuentan la Docta Casa—y arman bulla, a veces—izquierdistas de alma bellosa, también la frecuentan—y, cuando hay ocasión, no se

muerden la lengua—derechistas de lo más extremo. No hemos alcanzado en ellos los tiempos en que el P. Sánchez se las tenía lietas con el lucero del alba, defendiendo el catolicismo; pero hemos conocido y tratado allí toda la vida sacerdotes del más ardiente espíritu apostólico, a quienes nadie ha intentado nunca convertir con el hierro ni con el fuego en héroes del martirologio.

El Ateneo es, ante todo y sobre todo, lo inverso, lo antípoda de un Centro político: una biblioteca. Una biblioteca aséptica, amplia e integral, en la que han nutrido su espíritu todos los izquierdistas y derechistas españoles que tienen algo en la cabeza. Conservarla, acrecerla y perfeccionarla viene siendo la preocupación de los presidentes que hemos conocido en la Docta Casa, desde don Segismundo Moret hasta don Fernando de los Ríos; para quien está llena de recuerdos—como el de Costa, al que él ayudó, a veces, en sus rebuses de estudios—saturados de noble emoción intelectual.

De este "sentido reverencial" de la biblioteca, de este "ateneísmo"—derivado de Atenas, diosa del Ateneo—participa Candamo en un grado que hace de él, en el centro científico, literario y artístico de la calle del Prado, lo que podríamos llamar un bibliotecario nato.

A un caudal enorme de lecturas antiguas y modernas, y a un fervido amor a los libros se une, en Candamo, una actividad incansable—cuando la anima el entusiasmo—y un espíritu organizador fino e inteligente, sensible al matiz y cuidadoso—exquisitamente—del detalle.

Un detalle, en esto de las bibliotecas tan olvidado aquí en España, como interesante, es el de que las bibliotecas sean o no sean hospitalarias. Entre nosotros no suelen serlo. Las hay excelentes; pero, por lo general, rígidas, secas, hoscas. Diríase que ha presidido su organización e instalación la idea de que el estudio y la lectura son cosas para hechas de prisa, sin comodidad, sin complacencia y sin calor de humanidad. Parece que en ellas los lectores no están bebiendo y "degustando" lo que leen, sino tomándolo, clínicamente, en inhalaciones.

Esta falta de sentido humano y un poco epicúreo de la lectura no ha existido nunca en la biblioteca del Ateneo, abierta de nueve de la mañana a una de la noche, no unas cuantas horas al día y como por pensoso deber burocrático, complacencia y sin prohibiciones escolares—la de fumar sólo se impone en una sala—que le hubieran impedido tomar café a Costa, y a Echeagaray consumir pitillos; aseguibles los índices y a mano las enciclopedias y los diccionarios...

En lo que se refiere al confort, el actual bibliotecario ha empezado a dejar huella brillante de su paso. La segunda de las salas viejas se ha convertido, merced a su iniciativa y dirección, en una de las salas de biblioteca mejor amuebladas y alumbradas de Europa. Las mesas de lectura son un modelo de comodidad y de limpieza, y los aparatos de luz eléctrica—iguales a los que hay ahora en la Biblioteca Nacional—parecen ideados por un óptico amigo de Erasmo y discípulo de Epicuro. También es un mue-



Pérez Bojart interroga a Candamo, bajo el retrato de Unamuno (Fotos Almazán)

ble magnífico la gran mesa pentaédrica instalada en la sala de revistas.

La tradición de aseterismo y de integralidad—todas las ideas, todos los géneros, todas las disciplinas—, esa tradición en el acopio de libros que ha contribuido tanto a hacer de la del Ateneo una de las bibliotecas europeas más completas, la sigue el actual bibliotecario con honda devoción. Sabe él muy bien hasta qué punto ese sentido amplio y humano ha incluido en el valor universal de la biblioteca a su cargo. Biblioteca en la que se ha formado lo más alto, intelectualmente, de España—universitario y autodidacto—, a la que han venido a estudiar extranjeros de la categoría de Benedetto Croce y a la que acude una "élite" universitaria francesa a preparar sus tesis doctorales.

Coadyuvan con su inteligente laboriosidad a la eficacia de la gestión de Candamo en la biblioteca, en primer término, la señorita Capdevielle, bibliotecaria técnica, en la que se adunan, de un modo exquisito, belleza, cultura y talento, y el

restó del personal destinado a la función bibliográfica, del cual es el decano el heroico y excelente Matías, para quien la biblioteca no tiene secretos. Le llamamos heroico—adjetivo que acaso le parezca al lector algo extemporáneo—porque antes de luchar con los libros luchó con los moros y se ganó una cruz laureada en reñido combate.

¡Biblioteca del Ateneo, ejemplar en España...! En ella, apartado de las colisiones y mudanzas políticas, lee, hace muchos años, en latín, a Horacio, a Petronio y a Cicerón—con el íntimo recogimiento y el dulce abandono de un fraile en su celda—nuestro amigo el humanista, erudito y mordaz al modo del abate Marchena. Y saborea versos de Alfredo de Musset—aislada de todo y de todos, como en un "boudoir"—nuestra amiga la rubia romántica. Lo eterno, por encima de los accidentes de lo actual; Ateneo y las Musas vivas, perdurables a través de los siglos. Sin perjuicio de que, en el pupitre de al lado, se forje—para la defensa de los ideales izquierdistas o derechistas—el futuro hombre público.

José PÉREZ BOJART



El gato del Ateneo, al que don Manuel Azaña, cuando era presidente, hizo asignar siete pesetas y media en el presupuesto de la docta Casa, como pensión mensual para cordilla, pensión que las demás Juntas han respetado... Es un gato que despierta a los socios que se duermen, y que asiste a las conferencias del Salón de Actos...

«Con algunos gatos de Madrid». *Crónica*, 1 de abril de 1934, pág. 9



37

Un gran baluarte de la cultura

El Ateneo de Madrid reanuda brillantemente sus clases

Por J. R. HEVIA JOVELLANOS

DESPUES de quince días de vacaciones, renovó sus cursos de cultura general el Ateneo de Madrid, pequeña Universidad, Centro máximo de enseñanzas para todos y especialmente para el pueblo, para los que aspiran a los altos conocimientos científicos y para los que pretenden adquirir una ilustración modesta que les sirva de auxilio al logro del empleo burocrático, de la plaza retribuida, con lo que su problema vital pudiera quedar medianamente resuelto.

Es este Ateneo, lleno de tradición, maravilloso legado de un siglo que los retrógrados a lo León Daudet califican cínicamente de "estúpido", acaso lo mejor, probablemente lo más fino de la vetusta herencia. Pasó el Ateneo, en su siglo de vida, por muchos y muy complejos avatares, y permanece en pie. Gravitan sobre él los años, transcurre el tiempo, llegan catástrofes, se producen triunfos en la conquista de los derechos inalienables del alma colectiva, y el Ateneo, avizorante en cualquier circuns-



Ateneo, que fué obra de románticos y obra de hombres que condujeron y que estimularon rebelías del pueblo contra privilegios de quienes valían menos que el pueblo, que el auténtico pueblo, sufrido y resignado, que sólo se consideraba como personaje pintoresco de sainetes, sin que se le concediese derecho a la vida ciudadana.

Un aspecto de la clase de francés, regida por monsieur Pescheux.



Don Alejandro Keskula disertando sobre temas de la endiablada gramática rusa.



La profesora de lengua inglesa, Hortensia Aranzabe, explicando una de las lecciones de su curso. (Fotos Díaz Casariego.) A la derecha: María Luisa Pereda inicia a sus alumnos en el idioma árabe, de extraordinaria importancia para nuestro porvenir inmediato. (Foto Albero y Sezovia.)

tancia, muestra su actitud de dignidad, manifiesta su adhesión previa a cuanto posea un valor reivindicativo de justicia humana. Es ahora, y lo ha sido siempre, el Ateneo símbolo y alegoría del liberalismo en política, del sentido crítico en política, en ciencia, en arte y en literatura.

Está aún en vigor este



na sino en el plebiscito para votar, entre coacciones, al cacique o al acaparador de latifundios.

Fué el Ateneo de Madrid, en ese gran siglo de revelaciones emancipadoras, preconizador de que no todo lo que parecía equitativo lo era, gran interrogante en la indecisión entre lo establecido y lo que debe anhelarse. Pasada la ola romántica—duque de Rivas, Larra—, epónimos del byronismo generoso que atizaba hogueras deslumbrantes en todo el mundo moderno, y una vez en calma la pasión, llega la meditación, y es un periodo de estudio disciplinado el que insinúa entre nosotros el advenimiento de la inquietud filosófica, con vagas reminiscencias del rousseuista retorno a la Naturaleza.

Tiempos de la Institución Libre de Enseñanza, de don Francisco Giner, de Sanz del Río —viejo Ateneo de la calle de la Montera!—: tiempos en que era tan impetuoso el aliento de lo trascendental, de lo enfáticamente doctrinario, que determinaron la cómica pregunta que informaba una Memoria para ser controvertida en las sesiones del Ateneo, de si la "forma poética" estaba llamada a desaparecer. Claro que se denominaba forma poética a lo que era exclusivamente recetario manual para uso de versificadores cursis y hebenes.

(Continúa en la página 41.)

Blanco y Negro, 1 de agosto de 1938, pág. 37. Imagen de un ejemplar de la Biblioteca del Ateneo que fue requisado para documentar la Causa General, ahora custodiado en el Centro Documental de la Memoria Histórica (Causa general 1548 exp.2).